

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Hilmar, al centro, posa rodeado por el hijo Pedro y el gran amigo José Sticovich. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.



Una postal de las familias Pucci Sticovich en la Sede de Gobierno. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.

HILMAR PUCCI Y LA "BATALLA DE SANTIAGO"

Hilmar acababa de presenciar los noventa minutos de fútbol más estresantes de su vida. Con el rostro aún rojo y desencajado de furia, el ligur abandonaba el estadio Nacional de Santiago donde minutos antes la selección chilena había doblegado a su par italiana por dos goles a cero. El resultado lo tenía a mal traer y todavía no daba crédito a las vergonzosas escenas que sus ojos habían registrado. Era un 2 de junio de 1962, Chile organizaba el campeonato mundial de fútbol, y en el principal escenario santiaguino chilenos e italianos habían brindado un verdadero espectáculo, pero no necesariamente futbolístico. Entre trompadas y patadas voladoras, los futbolistas parecían emular con fidelidad a los púgiles más belicosos que se podía encontrar sobre un cuadrilátero. Todo comenzó cuando a los siete minutos del juego el delantero italiano Ferrini es expulsado por un violento golpe contra la humanidad del chileno Honorino Landa. De allí para adelante las acciones bruscas y mal intencionadas prosperaron a doquier hasta que el jugador Leonel Sánchez, de la selección local, propina un puñetazo cerrado al defensa Mario David de la "azzurra". El trasalpino, con el rostro adolorido y el orgullo humillado, busca revancha y minutos más tarde embiste a su agresor con una patada aérea. Hilmar observaba incrédulo desde su puesto mientras la afición chilena comenzaba a buscar posibles espectadores italianos en las graderías para iniciar una contienda mayor. El partido continuó pese a las faltas torpes y las constantes escaramuzas de pelea, hasta que el árbitro decide terminarlo sin otorgar el tiempo de adición. De esta forma, el ligur regresaba a casa indispuesto y malgeniado, ése no era definitivamente el final que habría deseado para su equipo y se lamentaba aún más por haber viajado desde Bolivia para observar como Italia caía derrotada y de qué manera.

El aficionado italiano regresó a Bolivia con pocas ganas de transmitir a la familia lo que había presenciado en Chile. Práctico como era, reinició con normalidad sus actividades profesionales en la fábrica de gaseosas Salvietti, empresa que, por ese entonces, era conducida por la familia de su mujer Asuntina Salvietti. Hilmar repartía talento como contador y no encontraba mayores complicaciones cuando debía cultivar amistades. Tanto en Cochabamba como en La Paz, nunca halló problemas para relacionarse con otras personas, al contrario, le gustaba confraternizar y esto lo llevó a ser socio activo del Club Deportivo Litoral, institución deportiva que era presidida por un reconocido residente italiano llamado Gino Forgnone. Sin embargo, la historia personal de Hilmar Pucci va más allá de las canchas de fútbol. Él, junto a sus padres Nello y Olga y dos hermanas más, Maruja y Tokia, vino a Bolivia rastreando la senda exitosa que habían dejado sobre tierras andinas sus paisanos y amigos, los Salvietti. Al principio, la familia proveniente de La Spezia se instaló en la ciudad de Cochabamba. En el valle boliviano Nello dará rienda suelta a sus habilidades comerciales y con su hijo Hilmar trabajarán distribuyendo cerveza. El negocio familiar caminaba por buen sendero y las ganancias que Nello recibía no eran pocas. A pesar de ello, Hilmar se traslada hasta La Paz para insertar su nombre en la planilla de trabajadores de la

empresa importadora Linale & Weiss, propiedad de su pariente Pedro Linale. Para esa época, Hilmar estaba oficialmente casado con la muchacha rubia que había conocido en el barco, cuando ambos viajaban con sus respectivos padres rumbo a Sudamérica. Con Asuntina tuvo sus dos primeros hijos en Cochabamba, María Victoria y Pedro. Ya en la Sede de Gobierno la descendencia de los Pucci Salviatti seguirá creciendo con la llegada de tres varones, Renato, Dante y Mario. Con su hogar establecido en La Paz, el hijo de Nello pasará de la Linale & Weiss a formar parte de la fábrica Salviatti. Pero Hilmar no podía ocultar la pasión desmedida que sentía por el fútbol, aquella que le alegraba el corazón los domingos por la tarde cuando Litoral hacía su ingreso a la cancha portando en la camiseta la tricolor italiana; esa misma pasión también le arrebató bruscamente la vida cuando un sábado aciago el ligur de 47 años veía apenado como el equipo de sus amores caía derrotado ante Unión Maestranza. Esa tarde de octubre de 1962 el corazón le había fallado en la cancha y ninguno de los presentes pudo reanimarlo. Después de todo, nada se le puede reprochar a Hilmar. Él, como pocos, vivió apasionado toda su existencia y de eso nadie se puede arrepentir.